

6

-4-

CAILLOMA

(LEYENDA INDIANA.)

POR

RAIMUNDO LARRAIN C.



SANTIAGO.

IMPRENTA DEL INDEPENDIENTE.

Calle de la Compañía, núm. 79 F.

1870.

AAP 2033

CALLOMA

(LEYENDA INDIANA)

1894

RAJUNDO LARRAIN C.



IMPRESA DEL INDEPENDIENTE
SANTIAGO
Calle de la Compañía, núm. 73 F.
1894

CALLOMA.

(LEYENDA INDIANA)

Buscaba un día los dulces placeres que la naturaleza sabe producir. Había dejado esa mañana la tranquila ciudad de Rengo, i gozaba caminando al acaso en el silencio de la meditacion.

Era ya de noche; lá luna brillaba en el cielo i el tañido de una campana iba a perderse en el murmullo silencioso de los campos. Un estenso valle se dilataba a mi vista bordado de frondosos bosques que

cubren la ribera de innumerables arroyos; no lejos de mí, se alzaba una eminencia cuya aridez contrastaba con la robusta vegetación de la pradera. A ese pequeño cerro se le da el nombre de CAILLOMA.

Esa noche, al abrigo de un techo hospitalario, escuché de los labios de un anciano bondadoso una de esas historias henchidas de poesía en que se refleja la naturaleza con su dulce i sencillo encanto.

¡Ojalá pueda yo contárosla cual la escuché en una de las horas más felices de mi vida.

I.

En el mismo sitio que esa noche me encontraba, un matchi indio llamado Caillo-ma vivió, hace muchos años, apartado de

todos, en una pequeña choza escondida en un espeso bosque.

La vida de Cailloma era triste en medio de su poder i de la veneracion que gozaba. Las noches las pasaba todas sobre la cumbre del cerro en misteriosas ceremonias i descompasados cánticos, jirando al rededor de una hoguera.

Jamas el indio en sus cazerías se acercaba a los lugares donde el terrible Pillan conversaba con el anciano del cabello blanco; cuando Cailloma atravesaba la campiña los guerreros le presentaban sus hijos para que los bendijese i sus armas para que las pusiera bajo la proteccion del dios de la pelea. Las madres, en tanto, ocultaban sus pequeñas hijas, para que la mirada del matchi no les quitase la ternura i sensibilidad de la mujer.

Los mas nobles guerreros no tocaron ja-

mas la orlade su vestido (1). ¿Cuándo puso Cailloma su planta sagrada sobre el umbral de una choza, sin que sus moradores huyeran despavoridos ante la majestad de Pillan?

Los blancos se habian apoderado del bello pais de las cumbres blancas (Chile); i sus guerreros, ardiendo en ira, pedian a Pillan que enviase sobre ellos el jenio del mal para esterminarlos. Pero, en vano se teñian en sangre las manos del matchi; en vano los mas valientes aguardaban las noches enteras al pié de la montaña para batallar con los malos jenios i escuchar del hechicero la favorable respuesta de la divinidad. Pillan estaba sordo; el dios de la guerra habia desamparado sus guerreros i

(1) Los *matchis*, en la época a que se refiere esta leyenda, usaban traje talar i vivian apartados i sin familia.

las majestuosas moradas de los dioses (1) brotaban torrentes de humo i llamas amenazadoras.

El anciano de la blanca cabellera bajaba todas las mañanas de la montaña silencioso i pensativo, contemplando la suerte que aguardaba à su patria.

El dios del mal se complacia en esparcir el desaliento i la muerte en el pais de las cumbres blancas. El indio escuchaba todas las noches el lúgubre graznido del ave del callado volar, i bajo su techo de paja derramaba tristes lágrimas al pensar en la suerte de sus hijos. ¡Ni la sagrada choza del matchi respetaba el fatidico grito de la *coa!*

¡Pobre patria! Sus guerreros han de

Bascuñan en su «Cautiverio feliz» consigna esta tradicion. Cap. XIX, páj. 361.

(1) Los volcanes.

morir, los dioses que la protejen la han abandonado i el jenio de la guerra se ha refugiado en el bosque!....

Tal era el estado en que se encontraba la patria de los valientes guerreros.

Jamas de la severa frente del matchi se borran ya las ceñudas arrugas que el dolor le imprimia.

Era una mañana de invierno, la primera luna de las espumas (1) ostentaba su triste atavío; el cielo estaba cubierto de negras nubes, el matchi bajaba de la mon-

(1) Junio.

Es sabido que los indios contaban los meses por lunas (cújen) i hemos preferido dar la traduccion de su nombre, mejor que el castellano, por acercarnos en lo posible al lenguaje de los indios.

taña, i de la choza oculta entre los árboles, se levantaba una débil columna de humo.

Caillomā penetró en su choza con tardo paso, nublada la frente i fijos los ojos en el suelo. Una niña que habia visto solamente quince o diez i seis veces la luna de los nuevos frutos se acercó a él i temerosa de interrumpir su callado pensamiento, le presentó un banco cubierto de pieles.

El anciano siguió su meditacion i la niña junto al fuego, que alzaba su llama en medio de la cabaña, contemplaba pensativa el chisporrotear de los tizones.

El viento jemia, i las ramas de los árboles en su monótono vaiven pasaban cual ligeras sombras por la puerta de la choza.

Largo rato pasó; alzó la niña su frente, i, con voz tímida i dulce: «Padre mio, dijo, todo está preparado.» El anciano, como

despertando de un sueño, replicó: «¡Bien, Ghùlqüendula, puedes marcharte!» La niña cojió de entre el fuego un pequeño fruto i salió de la cabaña.

¿A dónde va esa virjen indiana, que es tímida i candorosa como la tórtola i altiva i jenerosa como el cóndor? Ghùlqüendula, la hija del matchi, la de los ojos negros, siente en su pecho algo desconocido, su corazon comienza la existencia. Ghùlqüendula, la paloma del pais de las cumbre blancas, la de talle mas flexible que el *pay-ro* (1); encuentra en su alma misterios que no se explica, necesita respirar en medio de la soledad i comprender el lenguaje de la naturaleza.

Ha llegado ya a esa edad en que el alma despierta del sueño de la infancia, en que se forja visiones dulces i placeres por

(1) Especie de lirio.

do quiera; esa edad en que se goza en medio de la mas suave melancolia; esa edad feliz: la edad del corazon.

¿Quién no conserva un recuerdo de esas horas? ¿De esos dias en que el alma, el corazon, la existencia i los sentimientos pueden refundirse en una sola palabra: poesia; de esas horas cuya memoria es el placer de la vejez?

Ghùlqüendula se encontraba en esa edad. Sentada sobre una peña bajo el coposo ramaje que cubria las riberas de uno de los muchos arroyos que surcan el valle, ostentaba toda la hermosura i jentileza de las libres hijas de la selva.

El agua se deslizaba a sus piés murmurando; la brisa jemia entre las rãmas i millares de aves regalaban su oido. Ghùlqüendula henchido el pecho de esa dulce melancolia precursora del amor, juguetea-

ba tristemente con las hojas que el viento habia hecho desprenderse de los árboles. Talvez su leve pié ajitaba las cristalinas aguas del arroyo i los pececillos asustados huian lijeros i juguetones.

¡Cuán hermosa era la hija del pais de las cumbres blancas! Los mas nobles guerreros se esforzaban en la pelea para poder presentarle nuevas hazañas. Todas las doncellas palpitaban de envidia al ver la hermosura de la hija del matchi.

El indio, en sus canciones, la llamaba: la joya del pais de las cumbres blancas, el *payro* del valle, la tórtola del bosque; pero ¡ai! el indio al contemplarla en medio del verde de las ramas, la retinta cabellera suelta al viento, los ojos negros como la noche, henchidos de cristalinas lágrimas; habria enmudecido porque era Ghülqüenda dulce como una noche de estío, he-

chicera como la inocencia de un niño.

El cantor de las dulces armonías (1) con el corazón lleno de amor había dicho a la hija del matchi: que era bella como la melancolía, que su planta era más ligera que la brisa al pasar sobre las flores i que aventajaba su talle a las palmas de ramas sonadoras; pero había callado trémulo de emoción al contemplar sus formas suaves apenas veladas por ligera túnica.

Sus labios por donde vagaba tristemente la sonrisa de la ilusión se entreabrieron dejando escapar acentos celestiales i suspiros del alma. I cantó así:

«Juguetona corre el agua
Por entre la verde yerba
I los colibris festivos
A todas las flores besan,

(1) Poeta.

El indio juega en el prado

O va a cazar a la selva;

Yo solo jimiendo paso

Solitaria i prisionera.

«Las tórtolas se acarician»

Por el ramaje cubiertas;

El indio tiene su amigo

I elije su compañera.

Hasta el cachorro en el monte

Con sus padres juguetea;

Yo solo jimiendo paso

Solitaria i prisionera.»

Súbito la hija del pais de las cumbres blancas se alzó con la noble altivez de las vírjenes hijas de América. Sus ojos negros se fijaban en un jóven español que la contemplaba estático, medio cubierto por las ramas.

—¿Quién eres tú, que sorprendes el canto de una vírjen? ¿Eres acaso el bondadoso.

Mbilen (1) que se oculta en esta selva?

—Hermosa niña, no temas, contestó el jóven, soi un huinca i solo la casualidad me ha hecho interrumpir el canto de una virjèn.

—Jóven, eres hermoso, i los huincas ponen cadenas al pié de los guerreros.

—Hai huincas crueles como hai indios que gozan en el sufrimiento del enemigo.

—Huinca, eres bello i tus ojos son bondadosos, por eso eres amado en mi corazon, i mi corazon te dice que huyas; los guerreros del pais de las cumbres blancas calman con dificultad la rabia de su pecho.

—Niña, en mi corazon se guardan tus palabras; pero tus guerreros son nobles.

(1) Dios del bien.

¡i no atacarán al que se presenta a ellos sin las armas del enemigo.

—Mi padre conversa con Pillan i los malos jenios pueden decirle: «Ghùlqüendula fué mirada por un huinca i sus labios se desplegaron para contestar a sus palabras.»

—No temas, hija del matchi, el Dios de los huincas es mas poderoso que los dioses que habitan en vuestras moradas de fuego, i él impedirá que los malos jenios digan a tu padre: «Ghùlqüendula ha oido las palabras de un hombre de rostro blanco.»

—¡Jóven, huye, mi padre poco tarda, vendrá pronto a ofrecer el sacrificio a Eponemon i los guerreros le acompañan! Huye, huincà, imploran del dios de las batallas la señal de la pelea, i morireis todos vosotros, si el dios acepta el sacrifi-

cio. ¡Huye, jóven de los ojos bondadosos!

—Niña del triste canto, huiré por que tú así lo pides al jóven de los ojos bondadosos; pero queda en el bosque donde se ofrecen sacrificios una niña que dijo a un huinca: «eres amado en mi corazon, i a quien él respondiò: en mi corazon se guardan tus palabrás.»

—¡Huinca, huye, eres mas bello que todos los guerreros, i mi alma dijo a Ghùlqüendula: «¿por qué te turbas cuando miras a ese jóven de rostro blanco?»; pero ¡huye, que presto llegarán!

—Todos los sonidos que escuche mi oido serán al llegar al corazon el nombre de la niña de los negros cabellos.

—Jóven guerrero, me alejo, no quiero que mis ojos me digan: «hemos visto caer al huinca de la dulce mirada.»

—Nó, hermosa, niña, parto ya; pero ántes mis labios dicen a la hija de la selvas: «¿Puede el huinca volverla a ver en el bosque? Ha oído su canto i sus lágrimas han caído en su corazón.»

—Jóven, Ghülquëndula ha visto un huinca i lo recuerda en la soledad de la noche, desea volver a verlo; pero teme la venganza de los guerreros. Mi padre llega.»

Partió la hermosa niña i un momento despues el jóven español.

II.

Vivia cerca del lugar donde hoy se alza la ciudad de Rengo, en los primeros años de la conquista, un soldado español llamado don Diego de Miranda. Como se acostumbraba en aquellos tiempos, era

dueño de un gran número de indios que se le habian adjudicado a titulo de *encomienda*.

Como hombre elevado por la fortuna, era bajo i orgulloso, i daba a los pobres indios el trato mas cruel. A la muerte de su esposa, le habian quedado un hijo i una hija: el primero, de carácter dulce i corazón bondadoso, protejia a los indios en cuanto le era dable, por cuya razon todos ellos le miraban con el mas tierno cariño; la segunda, era víctima del rudo carácter de su padre.

Don Luis, que así se llamaba el hijo del español, llegaba ya a esa edad en que cambian en el hombre el rostro i los sentimientos. De alta estatura i de gallardo porte, parecia destinado a ser el mas apuesto capitán que ostentara Chile entre sus nuevos hijos.

La mirada dulce de sus grandes ojos azu-

les, su rubiã i blonda cabellera, su ancha frente i graciosas facciones prestaban a su persona los mas bellos atractivos.

Su padre, siguiendo la costumbre, habia pensado dedicarlo a las armas; pero queria que ántes adquiriera en España los conocimientos necesarios para lucir en el ejército de Arauco.

Hasta la época de que hablo, no se habia atrevido a realizar su proyecto porque su avanzada edad le hacia temer no ver mas a su hijo.

Don Luis, criado sin los cariños de la madre, al lado de un padre que le hacia sufrir atrozmente i en medio de tantos seres desgraciados, habia adquirido ese carácter melancólico que se reflejaba en su rostro. Si algo dulce encontraba sobre la tierra, era el cariño que profesaba a su hermana.

Cuando su corazón había comenzado a despertarse, ansió la soledad i se alejaba largas horas de su casa con el pretesto de ir a cazar.—

Una mañana que había partido cuando aun la aurora no asomaba, dejando que su caballo lo guiase caminando sin rumbo fijo; se internó en un pequeño bosque, donde el silencio de los campos i la belleza del prado trajeron a su mente esos dulces pensamientos en que piensa el corazón.

No había amado aun, i su alma sin objeto en quien fijar el tesoro de amor que encerraba, se agitaba en esa inquietud tan dulce i tan amarga. ¿Cuántas visiones halagüeñas se finjia su mente?

• Súbito una voz, suave como las armonías

lejanas i pura como el cielo de la patria, hirió sus oídos i su pecho sintió algo tan dulce como jamas su fantasía lo habia imaginado.

Trémulo i anhelante, se acercó al lugar de donde la voz partia i escuchó en idioma indio, que él conocia perfectamente, la cancion que os he contado.

Volvió al lado de su padre, estaba mas silencioso que de costumbre: habia brotado el amor en un corazon virjen.

III.

Eponemon estaba vencido, la lluvia del cielo habia apagado el fuego del sacrificio, el dios de los huincas triunfaba: el matchi habia llorado sobre los destinos de

la patria i los guerreros fueron a ocultar su rabia en el silencio de la choza.

Era la noche, i la lluvia caía a torrentes, el indio escuchaba en el silbar del viento el grito de las almas de sus padres que maldecían su temor.

Todo era silencio i lóbreguez. Solo dos corazones palpitaban en el grato desvelo del amor, i el silbar del viento, el ruido de las hojas i el sordo bullicio de la lluvia, repetían para ellos palabras deleitosas i lejanos juramentos.

Los rayos del sol coloreaban la blanca cumbre de los Andes i la pálida luz llegaba

apénas al hermoso prado cubierto de bosques i de arroyos.

El matchi habia salido de su cabaña; el triste latir de su corazón habia hecho que sus ojos derramaran lágrimas sin conseguir que el sueño enjugara su llanto.

Un rayo de la luz del alba penetraba en la cabaña i permitia ver en el fondo de ella la mas hermosa i poética escena. Una niña dormia dulcemente en un rústico lecho de esteras i de yerbas. Una negra i espesa cabellera sombreaba su rostro con indefinible encanto, su brazo desnudo le servia de almohada, i a sus esbeltas formas le daba mas realce su voluptuoso abandono. Su pecho se agitaba suavemente, i su aliento virjinal se escapaba sin esfuerzo. Algunas veces en los hoyuelos de sus mejillas i en su graciosa boca se dibujaba una amorosa sonrisa, i talvez pronunciaba

palabras mui dulces a su corazon, sus pupilas entónces parecian diseñarse ardientes de amor i radiantes de alegría bajo sus párpades cerrados i sus pestañas crespas.

La hermosa niña era Ghùlqüendula. Amaba ya: por eso, habia adquirido todas las gracias de la mujer.

Ghùlqüendula habia abandonado la choza; ya en su rostro no se pintaba la melancolía; el amor, la ansiedad i la esperanza le prestaban una hermosura nueva.

Su lijera planta hollaba apénas la yerba. El bosque ya escuchaba sus suspiros, i su aliento se perdia entre las hojas cubiertas de tembladoras gotas de agua.

Los instantes pasaban, i unà triste ánsia

se iba reflejando en el semblante de la virgen del prado.

¡Cuántos sentimientos agitaban su amante corazón!

Una hora habia pasado. Algunas lágrimas comenzaban a deslizarse por las mejillas de la amorosa niña.

Súbito se entreabrieron las ramas i don Luis apareció. Un grito de sorpresa i de gozo se escapó de los labios de la feliz Ghúlquëndula.

—¡Huinca, exclamó, la hija del matchi lloraba porque un guerrero le habia dicho volveré; i el guerrero no volvia!

Don Luis no contestó; sus ojos titilaban de amor; todo un poema de ternura se reflejaba en su rostro.

Las horas habian pasado. El esbelto es-

pañol conversaba dulcemente con el objeto de su cariño. Renuncio a pintar las palabras que entre aquellos dos corazones se habian trocado. ¡Cómo pudiera descubrir una pasion tan pura, tan ardiente i tan bella! Las palabras espresan los pensamientos, el corazon carece de lenguaje.

—Me alejo, Ghülqüendula, dijo el jóven, es ya la hora en que los pajarillos ocultos entre las ramas celebran el bello sol de la luna de las espumas. La hija del matchi no ha encendido aun el fuego de su cabaña.

—Huinca, mi padre preside la junta donde los guerreros han hincado la lanza en la tierra, los fuegos se han encendido en las cumbres de todos los montes, i todos los jefes, hasta los que están cercanos a las grandes aguas, han tomado un asiento junto a la hoguera del consejo.

El matchi i los guerreros no volverán

hasta que un sol nuevo ilumine los Andes, los sacrificios aguardan los primeros gritos de la *coa* para dar principio i en el silencio de la noche repetirán los campos la palabra de los jefes.

—El corazon de un huinca palpita de gozo, la tórtola del pais de las cumbres blancas permanecerá ante sus ojos hasta que el dia oculte sus alegres colores.

—Guerrero huinca, exclamó la niña con la mas triste espresion, no seré tuya.

Don Luis palideció.

—Un guerrero llegará una noche a la puerta de la choza, continuó Ghùlqüendula, lucharé en vano, la voluntad de mi padre dará mayor brio al brazo del que me arrebatara! ¡Ai! El corazon me dice: jemirás junto a los fuegos de otras mujeres i bajo el techo de un guerrero que no amarás i que se llamará tu esposo.

—Jamás, exclamó el jóven, el brazo del huinca arrancará a la amada de su alma del centro mismo de las ardientes moradas de los dioses.

—Nó, los guerreros de los agudos dardos estirparán tu raza o morirán todos por los fuegos de sus relámpagos. Yo te amo, huinca; pero los dioses me castigarían, el cielo se oscurecería para mí i mi padre al morir lanzaría maldiciones de desesperación si Ghülqüendula encendiera su fuego en la choza del guerrero que se manchó en la sangre de sus hermanos.

—Hija del matchi, jamás yo podría dar la muerte a los valientes que defienden a su patria.

—Nó; huinca, apártate de mí, tú, si no eres un cobarde que abandona a los suyos, deberías pelear i sacrificar a nuestros gue-

rreros. Yo te he dicho que el corazón de Ghùlquëndula palpita por tí en medio del silencio i de la soledad; pero ¡ai! mi corazón te ama i no quiere que al repetir tu nombre los guerreros esclamen: ¡digno es solo de encender un fuego en la choza de un soldado!

—Hermosa prenda de mi alma, jamas tu amor i tu recuerdo se apartarán de mí. No temas, amada mia, el Dios de los huincas hace temblar al mismo Pillan i tus guerreros no osarán levantar sus armas contra los hombres de rostro blanco.... Hai en el cielo, mas allá de las estrellas, una Virjen mas poderosa que la saña del huracan, i esa virjen ama a los hombres que no esconden el crimen en su alma i se complace en proteger a los corazones que se aman con amor puro.

La inocente niña escuchaba las palabras

de don Luis con la atencion del que en medio de la desgracia recibe un rayo de esperanza.

Largo rato permaneció en silencio, su rostro iba recobrando poco a poco esa íntima espresion de dulce alegría que habia perdido: por fin, exclamó:

—«Huinca, jóven que ama mi corazón, Ghùlqüendula será feliz a tu lado. Pero en el fondo de su pecho jemirá diciendo: talvez por protejerme, la Virjen del amor puro permite que los guerreros del pais de las cumbres blancas jiman en las cadenas i sirvan como esclavos a los hombres que les arrebataron su patria. Nó; huye, olvida la hija del valle, i tu pecho se encenderá pronto en dulce pasion por otra mujer cuyos ojos sean azules! Ghùlqüendula, cuando en el bosque vaya a buscar leña para el fuego de la cabaña de su esposo derramará lágrimas solitarias,

i recordará los dias felices en que se abra-
saba en las miradas amorosas del mas be-
llo guerrero.

—Amada mia, jamas, jamas mi pecho
dejará de amarte, aunque las grandes
aguas me separen de ti i sea blan-
co el cabello de mi frente. Sí, tórtola del
prado, yo te amo i moriré amándote. Ama-
me tú, la Virgen de los amores castos ben-
decirá nuestra union, i el indio cazará ale-
gre en el bosque porque ella tambien pro-
teje al débil i al oprimido.

La hermosa niña fué recobrando su ale-
gria i el cielo del amor comenzó de nuevo
a brillar para ellos mas puro, mas hermo-
so que nunca.

¡Feliz el que en la tierra encuentra un
corazon i el que halla fijos en sus pupilas
los tiernos ojos de la mujer que ama!

Ghùlqüendula lijera i bulliciosa juegue-

teaba con su amado. Ya el bosque les prestaba su sombra, el arroyo sus murmullos i las aves su canto; ya la verde yerba les servia de alfombra, donde se estampaban sus ligeras huellas; o ya en la cumbre del cerro de los sacrificios se destacaban las gallardas figuras de los dos amantes.

El sol habia declinado a su ocaso, la blanca cumbre de los Andes se doraba aun por sus postreros rayos i sobre las cimas de las montañas de la costa un cielo de fuego iba suavemente tomando su purísimo azul.

El silencio del valle, la débil luz de la tarde, el canto de una que otra avecilla, que atravesaba el espacio buscando su nido, i ese sordo bullicio de la hora del crepúsculo, daban a la naturaleza todo el misterio de un corazón que jime i toda la melancolía de una ausencia prolongada.

Allá, a lo léjos, un brioso corcel tendia su carrera; don Luis guiaba su brida i la bella Ghùlqüendula, cojida de su cintura, miraba alegremente pasar ante su vista los árboles como sombras fujitivas. El caballo, orgulloso de su carga, atravesaba con la rapidez de la flecha el verde prado i el sombrío bosque.

¡Ah! cuánta dicha para un pecho que ama volar mas rápido que el viento, en medio de la soledad, escuchando la palpitation del corazon amado!

¡Cuán hermosa se ostentaba Ghùlqüendula! Cuánto se parecia a la ilusion primera en su belleza i en la rapidez con que pasaba! Un poeta hubiera creído, al contemplarla, que era talvez el dulce jenio de la noche, que corria a su lecho de espumas, donde se duerme la onda cristalina en la tendida playa.

Pero ¡ai! ignoraba la tierna flor del valle que su dicha pasaria como desfilaban a su vista los árboles del prado!

La luna asomaba sobre la cumbre de los Andes; los dorados tintes del sol se iban perdiendo por el lado del mar, i el océano azul del cielo se confundia con la opaca sombra de los montes lejanos.

Los jóvenes atravesaban lentamente un pequeño prado, i allá, entre los primeros árboles del bosque, se divisaba la choza de paja casi oculta por las ramas.

Un momento despues penetraban en la cabaña i el humo del hogar se levantaba por entre las ramas en espiral hácia el cielo.

La hermosa Ghùlqüendula preparaba para su amado sabrosos manjares con las frutas del valle.

—Huinca, se escuchaba decir a la niña llena de alegría, algun dia bajo el techo de tu gran cabaña, encenderé para ti el fuego, i entónces, bello guerrero, te llamaré mi esposo.

Asi trascurrieron las horas en el gozo mas puro e inocente.

La luna brillaba ya en medio del cielo, a la puerta de la choza, bajo el ramaje de los árboles, descansaban la virjen del pais de las cumbres blancas i el guerrero huinca, sentado el uno al lado del otro sobre un banco cubierto de pieles. Uno que otro suspiro se escapaba de sus pechos anhelantes, el silencio reinaba i la tristeza se reflejaba en sus rostros. Se acercaba la hora mas amarga: la hora del adios.

Largo rato habia pasado, la hija del matchi lloraba solitaria a la puerta de la choza.

El consejo habia concluido, los jefes regresado a sus hogares i llorado ocultamente los guerreros su impotente rabia contra los dioses.

El matchi habia exclamado despues del sacrificio mezándose los cabellos de dolor:

—Nobles guerreros del pais de las cumbres blancas, las antiguas tradiciones se cumplen, llorad por la suerte de la patria, llorad la esclavitud de vuestros hijos. Ha llegado el dia. Un dios mas poderoso que Pillan ha avasal'ado nuestra tierra. Id, guerreros, los vencedores en cien batallas, id como débiles mujeres a encender un

fuego en la choza de los blancos.

En vano la sangre de las victimas que nuestros bravos han cojido en el monte ha teñido la tierra i mojado la planta de los jefes. En vano junto a la hoguera del consejo se ha aclamado el nombre del terrible Eponemon. Los dioses han abandonado nuestra patria, los libres hijos del pais de las cumbres blancas jemirán esclavos recordando la perdida libertad.

Id, guerreros, a vuestras cabañas i mirad impacientes que se os arrebatan vuestras hijas, quedad tranquilos cuando la planta del extranjero oprima vuestra cerviz, i no exhaleis una queja cuando los hijos de los libres ablanden con su llanto el manjar del oprobio.

Anciano soi, no veré las desgracias de la patria; pero ¡ai de vosotros!.....

I el pecho de los guerreros exhaló un ronco grito de furor.

Todas las tribus se agitaban sordamente, los jóvenes ejercitaban la fuerza de su brazo i los rudos troncos de árboles seculares eran traspasados al bote de su lanza.

Los dias de la luna de las espumas se deslizaban nebulosos i frios.

La hija del matchi en el silencio de la noche i en la soledad del bosque, esclamaba: ¡Virjen de los amores castos, tú, que has hecho huir a nuestros dioses de sus moradas de llamas, ten compasion de mi! El huinca me ha dicho que nunca abandonas al desgraciado, apiádate del guerrero que amo, no des la muerte a mi triste corazon!

¡Virjen, calma la rabia en el pecho de

Los guerreros i haz que sus mujeres i las de los blancos vayan juntas a sacar agua de las fuentes i sus hijos unidos persigan a la *puma* en el bosque i la montaña!

¡Madre de los amores inocentes, si escuchas mi plegaria, yo entonaré en la selva tu canto cuando el sol tiña de color de fuego la nieve de la montaña!

Serena se alzaba Ghùlqüendula despues de la plegaria.

Cuando la aurora comenzaba a esparcir su ténue luz por el valle, la niña del negro cabello, subía llena de esperanza al cerro de los sacrificios. Sus ojos se dilataban ansiosos por la llanura i, cuando a lo léjos se levantaba una pequeña polvareda o se distinguia alguna leve sombra, la niña de talle mas esbelto que las palmas de ramas sonadoras, bajaba de la eminencia henchida de alegría con la velocidad del cóndor

al desprenderse de la altura de los cielos. Un momento despues, a las márgenes del arroyo, en la espesura del bosque, se escuchaban amorosas palabras i ardientes suspiros de dos corazones que se amaban. Ghùlqüendula era entónces feliz.

IV.

Los meses habian pasado i los primeros días de la apacible luna de los nuevos frutos engalanaban la naturaleza con sus mas bellos atavios.

Las tribus se ajitaban en silencio preparando el esterminio de los blancos, los fuegos se repetian todas las noches en la cumbre de los montes i hasta los jefes mas lejanos respondian a ellos. El matchi, mas sombrío que nunca, bajaba lleno de desesperacion del cerro de los sacrificios al con-

templar la inútil muerte de tanto guerrero.

La hermosa Ghùlqüendula miraba llena de aflicción los preparativos para la pelea; i para aumentar su angustia sus ojos hacia cuatro soles que no se abrasaban en las ardientes miradas de su amado.

En vano sus pupilas escrutaban prolijas todas las mañanas el vasto prado desde la eminencia de los sacrificios; en vano sus ardientes plegarias se elevaban a la virgen de los amores castos; todo en vano. Cuando las aves buscaban en el bosque un amparo contra el calor del mediodia, bajaba llorando la triste Ghùlqüendula. En la soledad derramaba sus lágrimas, que caían en las aguas del arroyo i, cuando la luna brillaba pálida i solemne en la mitad del

cielo, se veía aun a la virgen de la negra
cabellera jimir en la cumbre de la eminencia
o en la espesura de la selva.

Cuatro soles se habían ya reclinado a
descansar en sus lechos ocultos en las
grandes aguas, los tintes dorados del día se
habían borrado de la cumbre de los montes
de occidente; era la hora en que a la opa-
ca luz de la luna los Andes con sus moles
macizas aparecen cual inmensos fantasmas
de negro ropaje i blanca cabellera.

La hija del matchi, bañada por un débil
rayo de luz, sufría toda la amargura que
saben comprender los corazones grandes.
La desesperacion comenzaba a apoderarse
de su alma.

Sollozos profundos i ahogados exhalaba

su pecho, i sus pupilas se agitaban convulsas sin que una lágrima viniera a humedecerlas. La hermosa niña temblaba con nervioso estremecimiento i sus labios se conmovian como para pronunciar palabras que no podia articular.

¡Cuántos funestos presentimientos destruían su alma! Cuántas ideas terribles atormentaban su mente! Talvez algun guerrero habria clavado su afilada lanza en el pecho de su amado, talvez la puma lo habria despedazado entre sus garras o algun grave mal lo habria sepultado en la tumba. ¡Cuán terrible incertidumbre para un corazon que ama!

Súbito, un grito agudo se exhaló del pecho de la tórtola del valle i un mar de lágrimas corrió por sus mejillas. Largo rato pasó i sus ojos lloraban aun un dolor tanto tiempo comprimido.

Esa tranquila desesperacion que viene despues de una pasion violenta comenzaba a invadirla; pero un dulce recuerdo vino a endulzar un tanto su amargura.

Las rodillas en tierra, los brazos lánguidamente caidos i los ojos llenos de trémulas lágrimas alzados al cielo, exclamó: ¡Madre, virjen de los castos amores, aqui está Ghülqüendula, socórrela, jime en medio de la desesperacion! Ampara al guerrero huinca i vuélvelo a mi lado; ya que hasta aqui me has protegido, no me abandones en la amargura!

¡Virjen de los amores inocentes, tú, mas poderosa que los dioses que habitan en chozas de fuego, eres amada en el pecho de Ghülqüendula; i has sido preferida por ella al dios de su padre que no sabia consolarla!

I continuó por largo rato una plegaria

misteriosa que solo la Madre del amor podia comprender.

La hija del matchi se alzó i su corazon estaba mas tranquilo porque habia implorado a la virgen de los amores castos. Sentada sobre la roca en el querido sitio de sus amantes conversaciones, comenzó a entonar una cancion con que talvez su madre la adormecia en las horas de la infancia.

Un ruido extraño impidió que su canto continuara, las ramas se ajitaron con violencia i apareció don Luis.

—¡Huinca! exclamó la niña, i los jóvenes se estrecharon en amante abrazo.

Largo tiempo permanecieron en silencio, sus corazones hablaban. La hija del matchi lloraba de alegría i el jóven reflejaba en la triste mirada de sus ojos

azules toda la inmensidad de la pasión mas pura i ardiente.

Por fin, la enamorada tórtola del país de las cumbres blancas dijo con voz trémula de amor i entrecortada por los sollozos:

— ¡Guerrero mio, en vano Ghülqüendula subia todas las mañanas a examinar el valle; en vano su vista ansiosa se dilatava por el prado; en vano, interrogaba a los vientos para que le trajesen el sonido de las pisadas de su amado: todo le traia solo amargura para el corazón!

Ghülqüendula te aguardaba en este lugar sin escuchar tu voz, lloraba solitaria i nadie venia a consolarla; algunas veces creia ver al huinca muerto por la lanza de un guerrero o destrozado por la puma, otras llena de dolor pensaba que su amado habria emprendido el viaje de las som-

bras (1) o que la habria ya olvidado por el amor de otra mujer de ojos azules!

— ¡Jamás, amada mía, exclamó don Luis, estrechando a Ghülqüendula! I continuaron por largo tiempo en amorosa conversacion.

— Guerrero, dijo Ghülqüendula, ¿por qué siento latir con tristeza tu corazón i se refleja en tu rostro la espresion de un dolor profundo? ¡Ah! cuando mi alma estaba triste, yo sufría pensando que tal vez el que yo amo me habria olvidado; pero Ghülqüendula creia imposible que el huinca pudiese olvidarla. Ahora, cuando te miro aflijido e inclinas con dolor tu frente, vuelve a turbarse mi corazón.

Una dolorosa sonrisa asomó apénas a los labios de don Luis i fijó en la niña una mirada en que se retrataba la misteriosa

(1) La muerte.

agonia del amor i del pesar mas intenso.

—¡Ghülqüendula, exclamó, te amo.....
Ojalá no te hubiera conocido....Ojalá pu-
diera olvidarte!....

¡Cuando me acercaba escuché tu voz,
canta, hermosa niña, que tu canto aliviará
la pena de mi alma!

La enamorada virjen no se atrevió a
romper el misterio del pensamiento de su
amado, i su voz dulce comenzó a repetir
la bella cancion en tanto que sus lágrimas
rodaban por sus mejillas.

Continuó el silencio. Por fin, don Luis,
dando un profundo suspiro, exclamó:

—¡Prenda del alma, voi a revelarte un
amargo secreto, hasta aquí habia querido
ocultarlo, él nos va a hacer a ámbos desgra-
ciados; pero consuélate, pronto pasarán los
días del infortunio i llegarán las horas del

placer....En tanto la virgen de los amores castos nos dará fuerzas para resistir a la separacion!....

—¡Huinca!.....Nó, llévame donde tú vayas, jamas te abandonaré. Si dejas sola a Ghülqüendula, cuando tú vuelvas, habrá muerto, su corazon no habrá podido resistir.....Huinca, llévame donde tú vayas i si te avergüenzas de que la hija de los bosques sea tu esposa, llévame como esclava!....

I los ojos de la niña se arrasaban en lágrimas.

Don Luis con la frente serena, pero el alma destrozada, replicó:

—Ghülqüendula, jamas he dejado de amarte.....Ni un solo instante te borrarás de mi corazon.....Pronto volveré, no quieras amargar mas mi pecho, que está henchido de dolor,....Ja-

mas, jamas, Ghülqüendula, podré olvidarte, bien lo sabes....Mui presto serás mi esposa, te lo juro.»—La niña seguia llorando en medio de la mas horrorosa desesperacion.

Don Luis continuó:

—Mi padre sabe que te amo i me hace atravesar las grandes aguas por separarme de ti....!

¡Toma, hermosa mia, toma esa imájen de la virjen de los amores castos....Yo rogaré a ella por la hija de los bosques, i en la soledad de la noche empaparé en mis lágrimas el cabello que guardó junto a mi corazon!

La niña lloraba desesperada, i se la escuchaba en medio de sus sollozos:

—¡Huinca, no te dejaré partir!

El jóven español no pudo contener el llanto.

Súbito se entreabrieron las ramas con estrépito i el matchi, con mano de fierro cojió al jóven por el cuello.

—¡Infame, necesitabas una víctima i la encontraste en mi indigna hija!

La vcz del matchi temblaba de furor; sus ojos relampagueaban; su cuerpo estaba trémulo a impulsos de la ira. El baston que le servia de apoyo se habia partido por la fuerza de los golpes que descargaba sobre un enemigo indefenso i que ya estaba exámine i cubierto de heridas. Ghùlqüendula habia exhalado un grito, que fué ahogado por los ruidos de su padre, i habia caido desfallecida.

Cailloma, temblando de furor, arrastró por un brazo a su hija desmayada, escl-

mando con entrecortada voz: ¡Hija indigna, no otra mano que la de tu padre rasgará tu pecho; no solo has manchado tu sangre, sino que tambien has vendido tu patria! ¡Padre desgraciado! No en balde latia desesperado mi corazon al no encontrarte en la choza, presintiendo la deshonor que me aguardaba!

I los delicados miembros de la niña iban dejando un reguero de sangre que brotaba de las heridas que le hacian las espinas i los guijarros.

Pasaron las horas de esa noche terrible; el matchi; a la mañana siguiente, no encontró el cuerpo de don Luis.

Los soles se habian ocultado en el mar;

era la mañanã del tercer dia; Ghùlqüendula despertaba de un sueño; recordaba confusamente la causa de su mal. Se hallaba sola.

Apénas podia sostenerse en pié; sus débiles plantas se dirijieron al lugar donde tres noches hacia habia visto a don Luis por última vez.

La yerba estaba teñida en sangre; las lágrimas de Ghùlqüendula volvian a liquidarla, i con su aliento le infundia calor; pero la sangre no contestaba a la inocente niña.

En vano los ecos repetian sus jemiðos; el fúnebre bullicio del bosque solo respondia a ellos.

¡Con cuánto amor estrechaba contra su pecho la ensangrentada yerba. Pero ¡ai! el ardor de su aliento no volyia la vida a la

sangre que habia sustentado al ser que mas amaba!

—¡Huinca, esclamaba la inocente virgen; inútilmente mi ruego se alza a la virgen de los amores castos. ¡Ah! que no le sea dado a la infeliz Ghùlqüendula encontrar el cadáver del que ama!

I en vano los pasos de la niña cruzaban el bosque.

—¡Huinca, guerrero mio, yo te estrecharia contra mi corazon, i sus látidos tornarian a la vida a tu helado pecho!

I la hermosa virgen jemia i sus lágrimas regaban el suelo testigo de sus amores i al mismo tiempo de su desgracia.

¡Ah! corazones que amais, almas en que Dios ha depositado una gota de su esencia, llorad con la virgen de la pradera, que vosotros podeis acompañarla!

Los vacilantes pasos de la niña se dirigieron a la cabaña en tanto que sus lágrimas caían sobre la yerba que oprimía contra su corazón. Llegó, por fin, a la puerta de la choza; penetró en ella; i cayó sobre el lecho desfallecida.

Era la hora en que solo se escuchó el fúnebre graznido de la *coa*; el fuego de todas las chozas se había apagado. Los jefes se habían retirado a sus hogares.

Súbito la puerta de la cabaña del *mat-chi* se abrió, i penetró el fiero padre de Ghùlqüendula. Encendió un pequeño fuego en el centro de la choza, i despues, con aire de reconcentrado furor, se acercó a paso lento al lecho donde su hija dormía. Largo rato contempló con frente ceñuda el respirar anhelante de la jóven.

El verlo de pié junto al lecho como meditando un crimen i levantar su maza como

para descargarla sobre la inocente niña, era un espectáculo horrendo. Pero habia aun en el pecho de Cailloma un resto de ese cariño que no se borra jamas.

Por fin, tocó con la punta del pié a la desventurada virgen para privarla así del único momento en que olvidaba su infortunio. La niña tembló, la tremenda voz de su padre resonó entónces.

«Ghülqüendula, dijo, los guerreros se han juntado para celebrar un consejo i han invocado el nombre de Pillan para obrar con justicia.»

«El infeliz Cailloma ha dicho ante ellos: «el matchi ha visto a su hija en los brazos de un huinca.» Los guerreros dijeron: «nuestros padres daban la muerte a la que deshonoraba a su familia, i el fuego de los hijos del pais de las cumbres blancas abra-

só siempre al traidor que vendia a su patria.»

«Ghülqüendula, el dia primero de la luna de las cosechas hasta los jefes mas lejanos rodearan el cerro de los sacrificios, i en su cumbre, en medio de una hoguera, una hija infiel, la que ha hecho la desgracia de un padre, espíará su crimen.»

Un suspiró se exhaló del pecho de la inocente niña i balbucearon apénas sus convulsos labios: «Virjen de los amores castos, has escuchado mi súplica, pronto estrecharé al huinca contra mi pecho i nadie podrá separarme.» I cayó sobre el lecho, sus párpados se habian cerrado i solo se escuchaba su respiracion anhelante.

El matchi seguia como muda estátua de pié junto al lecho, i la sombra de su cuerpo, que se proyectaba en la pared, a la luz de la llama que vacilaba, le daba el aspecto

tremendo de las fantasmas del pavor. Su blanca cabellera caía sin orden sobre su atezada piel i el negro arco de sus cejas ocultaba sus ojos centellantes.

Pasaba el tiempo, i la mirada de Cailloma se fijaba sobre su hija, que dormía ya. La virgen del prado, en medio de la somnolencia de la fiebre, sonreía dulcemente i sus pequeñas manos oprimían con cariño su pecho para impedir talvez la fuerza de sus latidos. Pero nó, dulces recuerdos venían a su corazón inocente o talvez conversaba con su amado i estrechaba con amor el único tesoro que conservaba de él.

Cailloma era hombre, el matchi era padre, una lágrima empañó sus pupilas. Un crimen no podía manchar el alma de la que sonreía tan dulcemente cuarenta días antes de su horrendo sacrificio. Una idea tremenda para el corazón de un padre se

despertó en su mente. Hubiera querido oír de los labios de su hija una palabra de salvación; pero la inocente niña no podía pronunciarla por el letargo que la dominaba.

Acercábase el día del martirio, Cailloma miraba con horror la desgracia que se le aguardaba. Pero la hermosa vírjen permanecía ya muchos soles delirante i en sus palabras entrecortadas pronunciaba muchas veces el nombre del huinca,

¿I despues cuando la fiebre calmó? ¡Ai! despues..... despues si su padre con tono casi suplicante quiso arrebatarle su secreto, ella, lanzando una estrepitosa carcajada, habia exclamado: «Si, yo te ví, el huinca tendido en tierra..... la sangre corria..... tú lo mataste», i seguia riendo: estaba loca,

Los días volaban i la niña salía a las cercanías acompañada de su padre.

Una mañana, un indio llegó a la puerta de la cabaña de Cailloma i el matchi salió apresuradamente en pos del mensajero.

Ghülqüendula despertó, i al verse sola, salió de la choza llena de alegría cantando una dulce canción. Cansada de andar, se sentó en una roca al pié del cerro de los sacrificios; una india que buscaba al matchi, se detuvo junto a ella.

«Pobre niña, le dijo, en el consejo se repitieron estas palabras: «el matchi ha visto a su hija en los brazos de un extranjero! ¡Ai de tí! el primer sol de la luna de las cosechas verá tu muerte!»

«¡Pobre Ghülqüendula! continuó la india derramando lágrimas, ¡tan bella no puedes ser culpable!.... Cerca está tu muerte i

contemplas tranquila el lugar del sacrificio.»

Pero la desgraciada niña fijaba sobre ella sus ojos con la atención tan triste de la que ha perdido el juicio. Por fin, después de largo rato, respondió: «El huinca ha muerto....mi padre le ha quitado la vida ¡ai! su sangre empapa la yerba....La virgen de los amores castos me colocará a su lado....yo guardo un recuerdo....» I estrechaba su tierno depósito contra su pecho enamorado. Después continuó, i algunas lágrimas humedecieron sus mejillas.

«Un fuego en la cumbre del cerro.... i el guerrero ¿por qué no viene? ¡Ai! sus ojos habrán visto una mujer de rostro blanco....yo lo amo...él me decía yo te lo juro cuando vuelva.... ¡ai! ¿por qué no vuelve?.... Ya no me dice bajo la sombra i junto al arroyo: en mi corazón se guardan tus palabras... Yo

lo vi....su sangre teñía la yerba....mi padre
ledijo *infame*...yo lo vi tendido en tierra...
su sangre teñía la yerba.... ha muerto.... i
Ghùlqüendula no volverá a encontrarlo
en el bosque!...I una insensata carcajada se
exhaló del pecho de la inocente virgen.

La india se retiró llorando.

Una ajitacion estraña se notaba entre
los guerreros, nuevas crueldades de los
españoles apresuraban la hora de la pèlea.
Algunas tribus temerosas del poder del
Dios del extranjero, habian inclinado su
cerviz al yugo del invasor; pero los guerre-
ros del valle habian jurado con un puñado
de valientes de las tribus vecinas ir a mo-
rir al campo de batalla ántes que someter-
se a su dominio.

El dia de la partida se acercaba, Cãi-

lloma marchaba tambien; las ceremonias de la guerra se repetian en el silencio de la noche. Ghùlqüendula se habia salvado por entónces.

La hora de la despedida fué muy triste, los guerreros habian dicho a sus mujeres: «si el último dia de la luna de las cosechas, los guerreros del valle no descansan junto a sus fuegos, ahogad en la cuna a nuestros hijos; no deben ser esclavos los hijos de los libres.»

El matchi habia llorado estrechando a su hija contra su corazon i ella le contestó solamente: «Yo lo vi.... yo lo vi.... tendido en tierra.... la yerba estaba teñida en sangre.... el matchi lo habia muerto....»

Marchó el anciano de la blanca cabelle-

ra con el corazón oprimido: un torcedor horrendo destrozaba su alma.

La hermosa niña, la virgen mas pura que el payro del valle, mas inocente que la tórtola que arruya entre el ramaje; exhalaba su aliento bajo el techo de una choza estraña, su padre al partir habia dicho a una de las mujeres de un guerrero: «¿Hai lugar junto a tu fuego para mi hija?» I ella habia contestado: «¿cómo pudiera en la choza de un guerrero no haber lugar para la que dice padre al matchi?»

La hermosa niña vagaba solitaria por el bosque i, si alguna vez quisieron impedirselo, su delirio se habia trocado en la mas tremenda desesperacion. A menudo, sus pasos seguian el curso del arroyo, i la sombra de los árboles del lugar testigo de sus amores, la resguardaba de los rayos

del sol. En este sitio entabla dulces conversaciones con la adorada imájen que talvez solo ella veia. «Huinca, esclamaba, ¿por qué siento latir con tristeza tu corazón?» i pronunciaba palabras que nadie podia percibir; cantaba dulces canciones para adormecer los dolores del alma de su amado.

— ¡Cuántas veces jimió su corazón cuando no aparecia a su mente la idolatrada sombra!

Cuando la aurora asomaba, la vírjen de planta mas lijera que la brisa al pasar sobre las flores, desde la cumbre del cerro de los sacrificios dilatava su vista ansiosa por la pradera. Unas veces bajaba llena de contento al sitio de sus entrevistas, otras, henchidas de desaliento, jemia i se desesperaba porque no volvia el huinca.

En medio de la tranquilidad de la noche,

alzaba a veces plegarias ardientes uniendo a ellas el nombre de su amado.

Cuando las mujeres que la rodeaban le hacian alguna pregunta, la pobre loca solo respondia con frases incoherentes i carcajadas estrepitosas.

Habia pasado la luna de las cosechas i los guerreros no volvian, tristes noticias anunciaban los pocos indios que habian regresado a su patria.

El mes de las espumas ostentaba ese triste ropaje de que sabe revestir a una naturaleza muda.

Era una noche tempestuosa; la lluvia caía a torrentes; el viento zumbaba amenazando arrancar las chozas de los habitantes del valle.

En una de las cabañas mas espaciaosas, se veian sentadas en torno del fuego varias mujeres de aspecto meditabundo; allá en el fondo apénas se divisaba una hermosa niña de formas virjinales, cuyos ojos brillaban en medio de la oscuridad. Escuchábase solo el silbido del viento i el chisporroteo del fuego. De cuando en cuando, la bella niña murmuraba allá en medio de la lóbreguez en palabras apénas perceptibles: «Yo lo ví.... tendido en tierra.... la yerba teñida con su sangre.... mi padre le quitó la vida.... ya no lo veré mas....»

De repente, un anciano de blanca i larga cabellera, cuyos rotos vestidos estaban traspasados por el agua, penetró en la

cabaña; las mujeres lanzaron un grito de espanto i huyeron despavoridas exclamando: «el matchi, el matchi:» solo la loca no se movió. Cuando su padre la estrechó contra su seno i le dirigió amorosas palabras, ella, llorando tristemente, murmuraba: «Yo lo vi.... la sangre tenía la yerba!....» i Cailloma temblaba involuntariamente.

Una mañana, la mañana en que la primavera habia apurado sus primores para engalanar una naturaleza exuberante de vida, subió la hermosa niña, como de costumbre, al cerro de los sacrificios; pero en su rostro se notaban las señales de un dolor profundo.

Bajó al prado cuando el sol brillaba en

medio del cielo; un canto mas melancólico que el sonido lejano de un arpa en una noche de luna se escapó de sus labios. Era el canto de muerte.

El guerrero canta cuando su sangre se hiela dentro de sus venas.

Ghülqüendula talvez se despedía en medio de su dolorido canto de aquellos sitios, mudos testigos de la felicidad de dos almas.

La luna brillaba en medio de un cielo azul i sin nubes, la naturaleza dormía, la hermosa niña en el lugar de sus amores lanzaba gritos de desesperación, su pecho palpitaba, i sus ojos se ajitaban violentamente.

Era la media noche. La severa figura del matchi apareció en aquella escena tan conmovedora. Con amorosa solicitud, pretendía en vano arrancar a su hija de aquellos sitios i conducirla a la abrigada choza, por única respuesta a sus instancias, escuchaba de sus labios las mismas dolorosas palabras.

I seguia Ghùlqüendula, en medio de la mas horrorosa desesperacion, clamando: «El huinca ha muerto.... yo lo he visto.... su sangre teñia la yerba.... ya no lo volveré a ver.... para qué vive la infeliz hija del matchi?».....

Consiguió, por fin, el anciano llevarla blandamente a su cabaña.

Todo yacia en silencio; una blanca som-

bra se des'izaba en medio de la oscuridad de la choza.

Mas tarde, en la cumbre del cerro de los sacrificios, se veia iluminada por los rayos de la luna una hermosa vision.

«Yo lo vi....se escuchaba en medio de la tranquilidad de los campos, la yerba teñida en su sangre....ya no lo veré mas... yo lo amo....quizá me habrá olvidado... ¡qué importa....ha muerto....no volveré a verlo...yo lo amo!...¡qué importa! ¡qué importa!»

Mas tarde, el silencio reinaba; la blanca vision parecia flotar mecida por la brisa.

Una cancion fúnebre i mas dulce que los ensueños de una virgen, comienza a resonar en los espacios, i sus ecos vibraban en la esfera de las estrellas. La cancion se iba

debilitando poco a poco; por fin, nada se escuchó.

¡Ha muerto de amor! repetían las mujeres, a la mañana siguiente en la desierta choza de los guerreros.

V.

Ocho años habían pasado. Las cabañas estaban arruinadas i sus paredes servían de nido al ave del callado volar, los guerreros del valle habían sucumbido, el bello pais de las cumbres blancas jemia bajo el yugo del extranjero.

Cuando el crepúsculo teñía apénas de rojo la cumbre de las montañas de occidente, se veía sobre la cima del cerro de los sacrificios un anciano en cuya cabellera blanca jugueteaba el viento. Era talvez

el jenio de la patria, que lloraba sobre la tumba de sus hijos.

Una tarde de invierno se veia al anciano en ese sitio desventurado; una numerosa comitiva seguia a un bizarro jinete que corría por la pradera.

El caballo se detuvo, i el caballero con ojos anhelantes buscaba un objeto. Avanzó solo; pero llamó en vano a la puerta de la cabaña de Cailloma. Buscaba sin hallar un sitio que él conocia; pero los frondosos árboles del bosque estaban cortados.

Algunos instantes despues, trepaba el cerro.

El anciano, al ser interrumpido en su misteriosa contemplacion, fijó en el espa-

ñol su sombría mirada; un temblor involuntario ajitó su cuerpo. El caballero miraba a Cailloma con la atenta espresion del que recuerda lejanos acontecimientos. Por fin, exclamó:

—Anciano, ¿cuál es la choza del que conversa con Pillan?

—Huinca, respondió el matchi, el valle está desierto i las chozas de todos sus hijos han sido destruidas por el fuego, una sola, la del infeliz Cailloma, se alza solitaria sin lumbré i sin bullicio.

—¿Sois acaso vos, anciano....

—Sí, yo soi el que teñi en sangre la yerba de este valle, yo, el desgraciado que llora solitario sobre la tumba de su hija!

—¿La tumbá?... exclamó don Luis, i sus palabras se ahogaron en su garganta.

—Si, continuó el anciano, Cailloma ha visto la desolacion de su patria, i ha sentido en el pecho una voz que le grita: ¡Ase-sino de tu hija!....

Yo escuché tu nombre en sus labios, i cuando sus manos heladas por la muerte oprimian su corazon, estrechaba entre ellas la yerba teñida en la sangre del huinca. I esta insignia que cuelga sobre mi pecho, escuchaba los virjinales latidos de un corazon inocente.

Sí, huinca, vivo aun, ¡poco he sufrido todavia! Ya no tengo hija....mi patria no existe....el guerrero del valle jime entre cadenas, i la frente del matchi está marcada con el sello de la esclavitud....

Espío en la tierra la muerte de Ghül-qüendula, i cuando el sol se reclina en su lecho de espumas vengo a jemir sobre su sepulcro: éste es el único consuelo que

mis años permiten a mi ancianidad.

El joven había permanecido mudo escuchando las palabras del matchi, i algunas lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

Era ya media noche, i se veia aun sobre la cumbre de la montaña, un gallardo caballero hincado en tierra i un anciano entre cuyos blancos cabellos jugueteaba el viento.

Nunca despues, en el bello pais de las blancas cumbres volvió a repetirse el nombre de don Luis de Miranda; i todas las tardes, cuando la noche tendia su oscuro

manto, un anciano jemía sobre la cima del cerro de los sacrificios.

Muchos años han pasado, i yo, en una noche de luna, he meditado silencioso sobre el sepulcro de Ghùlqüendula i Cailloma.

FIN.